

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Maximiliano Sauza Durán

maxsauza@gmail.com

UV

Volvieron: The Beatles. Get Back

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 59, enero-marzo 2022, pp. 70-71.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de interiores: Víctor Benítez



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

VOLVIERON: *The Beatles. Get Back*

Maximiliano Sauza Durán

Llegué a esta música por medio de mis padres. (“*Los Beatles* lo entristecían –dice en un cuento Guillermo Samperio, y podría haberlo dicho por mí–, lo enardecían, lo ponían jubiloso”.) En los viajes familiares, en la camioneta de papá, sonaban sin cesar Tom Petty, Eric Clapton, The Rolling Stones, Patti Smith, Blondie, The Boomtown Rats, y toda banda de rock anglófona que se hubiera disparado al estrellato entre finales de los cincuenta y mediados de los ochenta.

A Venancio,
las dos Elenas y Nahuel

“No sería exagerado decir que los prodigios musicales son los únicos prodigios”, escribió Aldous Huxley en uno de sus ensayos sobre música, publicado en *The Weekly Westminster Gazette*, el 15 de abril de 1922. Y escribió bien, porque el niño que está dotado para la música se hace notorio de inmediato. En la miasma de ruidos en su redor, el infante sensible encuentra un sonido, intuye que se trata de una nota, la escucha con atención y de manera instintiva la reproduce como puede. Qué mejor si cerca hay un piano, una armónica, una guitarra, halla siempre el modo.

Soy creyente del espíritu de las épocas, de los siglos dorados

que de pronto resplandecen en el arte y que, bien que mal, responden a los procesos liminales o conflictivos de la historia. El siglo de oro de la literatura rusa es la respuesta al auge y las carencias del zarismo, como los siglos de oro de la poesía española lo son del imperio que se jactaba de no tener ocasos. El rock británico asimismo es la época dorada de un siglo fracturado, que a la mitad del camino –*Nel mezzo del cammin...*– se encontraba también en una crisis acarreada por las guerras mundiales. En el hemisferio septentrional (en el mundo anglosajón, pues) florecieron bandas y cantautores que siguen siendo escuchados y despiertan nuestra honda barbarie y las emociones más primarias. (No encuentro otro objetivo

verdadero del arte.) Llegué a esta música por medio de mis padres. (“*Los Beatles* lo entristecían –dice en un cuento Guillermo Samperio, y podría haberlo dicho por mí–, lo enardecían, lo ponían jubiloso”.) En los viajes familiares, en la camioneta de papá, sonaban sin cesar Tom Petty, Eric Clapton, The Rolling Stones, Patti Smith, Blondie, The Boomtown Rats, y toda banda de rock anglófona que se hubiera disparado al estrellato entre finales de los cincuenta y mediados de los ochenta. El cuarteto de Liverpool, los niños prodigio que se llamarían The Beatles, sin duda fueron el primer fenómeno global de la cultura musical pop y, junto con Bob Dylan, significaron mi primera educación sentimental, la música de fondo de mi infancia, adolescencia y juventud: el itinerario de mi primera felicidad.

A finales de 2021 se estrenó un documental, *The Beatles. Get Back*, en la plataforma Disney Plus (porque el emporio de Mickey Mouse abarca ahora incluso al cuarteto de Liverpool), que auguraba una buena recepción y nos tenía a muchos con altas expectativas, pues era producido por el director de superproducciones cinematográficas Peter Jackson y rescataba casi 60 horas de grabaciones inéditas durante la filmación de varios proyectos trunco de la banda: primero la grabación de un álbum en directo ¡en el anfiteatro de Sabratha, en Libia!, lue-

go en los Twickenham Studios, y finalmente en el edificio Apple, en Londres. Se sabe que había álgidos roces entre los miembros de la banda en sus últimos años. Pero este documental saca a la luz y hace fulgurar la apatía mutua, la vitalidad de las rivalidades y la amistad en crisis. Peter Jackson logró reconstruir el último y tenebroso resplandor de la banda. Paul McCartney, el virtuosísimo, retoma las riendas que John Lennon, el colérico, había soltado. Vemos a George Harrison, el melancólico opacado, resaltar de entre las sombras al que lo condenaba ser el más joven del grupo y quizás el más desconfiado de su propio talento. Incluso Ringo Starr, a quien solemos olvidar –como se olvida a Branwel en contraste con las extraordinarias hermanas Emily, Charlotte y Anne Brontë– por ser el baterista y el que compuso las canciones menos memorables de la banda, como “Octopus’s Garden” y “Don’t Pass Me By” (por más que intento no logro recordar otras canciones suyas); incluso él, pues, sobresale por tener un carácter de cuando en cuando conciliador, capaz de improvisar y aligerar el tedio y la tensión entre sus camaradas.

Dividido en tres capítulos, de una duración aproximada de ocho horas en total, el documental recrea el último mes en que la banda planea el álbum que terminará siendo *Let It Be* (aparecido bajo el sello Apple, 1970), y que rematará el pastel con el mítico concierto en la azotea del edificio de Apple Records, en Savile Row: su última aparición juntos en vivo. Se retrata a la banda y a las parejas, los amigos, los productores y ayudantes que desfilan entre los ensayos. Yoko Ono, pegada como un chicle a los zapatos de Lennon, se vuelve una figura aún más insoportable de lo que ya era. Y, juntos,

Lennon y Yoko son poco menos que insufribles. Si bien es notorio el desagrado que Ringo, George y Paul (en especial Paul) sienten por ella, es aún más evidente que fue la lucha de egos lo que fracturó sin remedio al cuarteto y no la presencia de Yoko, que en todo momento parece desconectada de la realidad. (Y quizá sí lo estaba, pues, para ese entonces, Lennon y Yoko eran adictos a la heroína.) Otros personajes recorren las salas de grabación: el productor George Martin, el asistente Mal Evans (quien no cabe en sí de éxtasis al tocar el martillo contra el yunque en “Maxwell’s Silver Hammer”), el ingeniero de sonido Glyn Johns y sus excéntricos atuendos hippies, la fotógrafa Linda Eastman con su encantadora hijita Heather... Pero quien resalta por sí solo en su fortuita aparición es el quinto Beatle, Billy Preston, cuyo talento no adereza sino que amplifica al de la banda y que, tocando el piano eléctrico, improvisando con el *swing* de sus dedos (teclas de otro mármol), renueva la vitalidad y potencia de las canciones, dándoles un sabor a jazz como otrora Eric Clapton le dio el toque *hard* y psicodélico tañendo el solo y *riff* en su Fender a la mejor canción de Harrison: “While My Guitar Gently Weeps” (*The White Album*, Apple Records, 1968).

A lo largo del documental seguimos paso a paso las metamorfosis. McCartney pasa de autoritario y pedante (y sin duda el músico más completo de la banda) a arquitecto de la torre y bóveda del álbum: “Let It Be” y “Don’t Let Me Down”; y, como un Narciso que escucha a tiempo la voz de Eco, no se ahoga en las aguas de su reflejo, sino que canta con las sirenas de la caverna. Lennon deja por un momento atrás al luchador social, y desata a su báquico fauno interior, el *enfant terrible*

que quizá siempre fue. Harrison se transforma de un meditabundo yogui Hare Krishna al guitarrista implacable, el Beatle inconfundible. Y bueno, de Ringo en realidad no puedo decir que esté a la par de sus compañeros, pero sin duda su carácter, verlo improvisar en el piano y su simpleza camaleónica fueron esenciales para mantener unido al grupo en los momentos de mayor tensión.

Los muchachos prodigiosos que encantaron a todo el mundo con “Yesterday” y “Help!” a inicios de los sesenta llegan a una cima indiscutible con el álbum *Let It Be*, a finales de la misma década. Este documental registra cada una de las facetas *in situ* de los genios en acción. Agradeceremos (y sé que hablo por muchos) lo poco ético que fue el cineasta Michael Lindsay-Hogg al instalar cámaras y micrófonos ocultos en ciertas salas durante algunas conversaciones y entrevistas privadas, como sé que todos agradecemos que Max Brod no quemara la obra de Kafka. Advierto también que para cualquiera que no sea fanático de *The Fab Four* este documental le será aburrido, acongojante, tedioso y no se lo recomiendo en absoluto. A pesar del impecable trabajo de edición, restauración de imagen y sonido, de la transposición de tomas, etcétera, que hizo el equipo de Jackson, sí es un documento que le puede resultar abrumador a alguien que no esté dispuesto a escuchar una y otra vez la génesis, el ensayo, la composición, la fusión y la fisión de algunas de las mejores canciones de todos los tiempos. **LPyH**

Maximiliano Sauza Durán (Querétaro, 1993) es arqueólogo y maestro en Literatura Mexicana por la UV. Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo 2020.